

# "Los perros vagabundos"

martes, 05 de junio de 2007

Modificado el sábado, 30 de junio de 2007

MÁsica de Papagüevos

Por Santiago Gil

Las

calles oíAn siempre a potaje y a sotal. Cada casa proponAa un viaje gastronómico diferente, y cada vecina limpiaba su trozo de acera como si fuera una parte mÁs del pasillo o del corredor de su propia vivienda. Siempre habAa alguien baldeando o mandAindones a la otra acera para que no pisAramos lo mojado.

MÁsica de Papagüevos

LOS PERROS VAGABUNDOS

Santiago Gil

Las calles oíAn siempre a potaje y a sotal. Cada casa proponAa un viaje gastronómico diferente, y cada vecina limpiaba su trozo de acera como si fuera una parte mÁs del pasillo o del corredor de su propia vivienda. Siempre habAa alguien baldeando o mandAindones a la otra acera para que no pisAramos lo mojado. Nos echaban de todas las casas los sÁbados por la maÁ±ana para que no pisAramos los suelos reciÁon fregados. SÁlo recuerdo quedarme entre cuatro paredes cuando estaba enfermo o cuando llovAa mÁs de la cuenta. El resto del tiempo nuestra patria eran todas las calles y todos los campos del pueblo. Pero no andAíbamos solos. Siempre tenAamos un perro que iba con nosotros a todas partes. Perros sin nombre, sin pedigrA- y sin correas. Fieles, leales y amigos a carta cabal. Nunca tenAan nombres, o mejor, los nombres se los ponAamos nosotros el dAa que empezaban a acompañarnos. Se llamaban Canelo, Rayco, Tobi o SultÁn. O bien adoptaban el apelativo de cualquier serie de dibujos animados que estuviera de moda. Se conformaban con los cuatro mendrugos o las dos o tres cÁscaras de queso que sacAíbamos a escondidas de nuestras casas. No sabAamos dÁnde dormAan, pero siempre los encontrAíbamos en la misma zona del barranco, del PolvorA-n o de cualquiera de las plazas del pueblo. Se dejaban acariciar y nos lamAan las manos en seÁsal de agradecimiento. QuÁ vida habrAan llevado cualquiera de aquellos chuchos de mirada triste. No se les trataba como ahora. Entonces eran pocos los que tenAan perros metidos en su casa. Todo lo mÁs andaban por las azoteas o las fincas a su libre albedrA-o. QuizÁ los perros de cacerAa eran los mÁs mirados y los que estaban en casetas mÁs o menos bien alimentados. Bueno, y el pastor alemÁn de la guardia civil que salAa a jugar con nosotros desde que pasAíbamos junto al aparcamiento de la calle Real. TambiÁon recuerdo a Felipe, un perro bonachÁn que pertenecAa a Benedita la de la tienda de San Roque y que dormAa en la trastienda. Los otros, los que siempre andaban por el pueblo, aparecAan y desaparecAan igual de misteriosos. Los echAíbamos de menos un par de dA-as cuando se iban, pero al poco tiempo aparecAa otro, habitualmente cojo, atemorizado, y siempre con ojos tristes de traiciÁn, derrota o palos. No es la gente de campo un dechado de humanidad cuando se relaciona con otros seres vivos. En el caso de los perros, muchos eran los que no dudaban a la hora de darles un mal golpe (decAan que lo acostaban, o que lo echaban) mortal, de propinarle palazos o de abandonarlos a su suerte en cualquier lugar lejano. Nunca olvidA la imagen de Mansita, la perra que estuvo muchos aÁ±os en la azotea de casa de mi abuela en Las Barreras, el dAa que mis primas la encontraron amarrada dentro de un saco. Era hembra y se conoce que el bestia de turno no querAa perras hembras. No era mÁs que un cachorro cuando la salvamos. Luego vivirAa mÁs de 10 aÁ±os como parte de nuestra familia.

Pero a los otros perros, a los que iban pasando consuetudinariamente por nuestras vidas, uno los recuerda hoy con cierta pena, como si tambiÁon nosotros les hubiÁramos fallado. Nunca se nos ocurriÁ meterlos en nuestras casas o tratar de cuidarlos de una forma mÁs responsable. No dejAíbamos de ser niÁ±os, y de alguna manera para nosotros eran perros de la calle, curtidos en mil batallas y acostumbrados a sobrevivir a la intemperie, aunque nosotros no supiÁramos todavAa quÁ diablos era eso de la intemperie. Iban a todas partes detrÁs de nosotros. Eran grandes o pequeÁ±os, marrones o negros, pero siempre tenAan la mirada triste, incluso cuando jugAíbamos con ellos entre risas y carreras desbocadas. Hoy tengo perro, y si puedo siempre me harAa acompañar por la lealtad, la ternura y la sapiencia infinita que uno encuentra en los ojos de un perro cuando le mantiene la mirada. De alguna forma cada caricia que le doy se la estoy dando a todos y cada uno de aquellos perros sin nombre que nunca supimos donde acababan muriendo. Un buen dAa dejaban de venir, supongo que cogidos por los de la perrera, o perdidos en cualquier cruce de caminos. Recuerdo que siempre iban con nosotros. Se llamaban Rayco, Tobi, Canelo o SultÁn. Daba lo mismo.

Mayo de 2007.

[IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL](#)